

Todos somos esa segunda persona

POR LISSETE E. LANUZA SÁENZ

No es fácil meter 21 cuentos en 64 páginas. Es más, si se lo pusieran como tarea, me atrevo a decir que lo encontrarían, no solo difícil, sino que casi imposible. **Segunda persona**, el primer libro de Isabel Burgos, no es solamente un maravilloso ejemplo de concisión, es también, una de las mejores muestras de calidad en esa concisión que se han visto últimamente en Panamá.

Quizás el mayor logro de esta obra es cómo, en tan pocas páginas, nos muestra el espectro de las emociones humanas. Hay un poco de todo, pero en el fondo se puede reconocer un estilo único en la autora. Un toque de humor, aunque a veces el humor sea algo negro. Una chispa de ese algo que es difícil de poner en palabras, pero infinitamente fácil de reconocer. Ya sea los lectores casuales, los que agarran un libro, leen un cuento y tres días después leen otro, o aquellos lectores ob-

sesivos, como yo, que no sueltan el libro hasta la última página, todo el mundo encontrará algo a su gusto en **Segunda persona**.

El cuento que le da nombre al libro, y que casualmente, es el primero, resulta un ejemplo perfecto. Media página es todo lo que necesita la autora para que nos identifiquemos con el personaje, para que sintamos lo mismo, para que estemos de acuerdo con lo que dice.

“Llover”, es quizás la mejor prueba de ingenio en el libro. Hay en algún lugar una observación, me atrevo a decir un mensaje, pero lo que resalta es la manera imaginativa de contar la historia. Lo demás lo vamos absorbiendo, casi por osmosis.

“El poeta” es uno de mis cuentos favoritos. Hay algo mágico en el juego de palabras con las que vamos descubriendo a aquel personaje que si no escribe, no es. Existen muchísimos cuentos sobre el escritor escribiéndose a sí

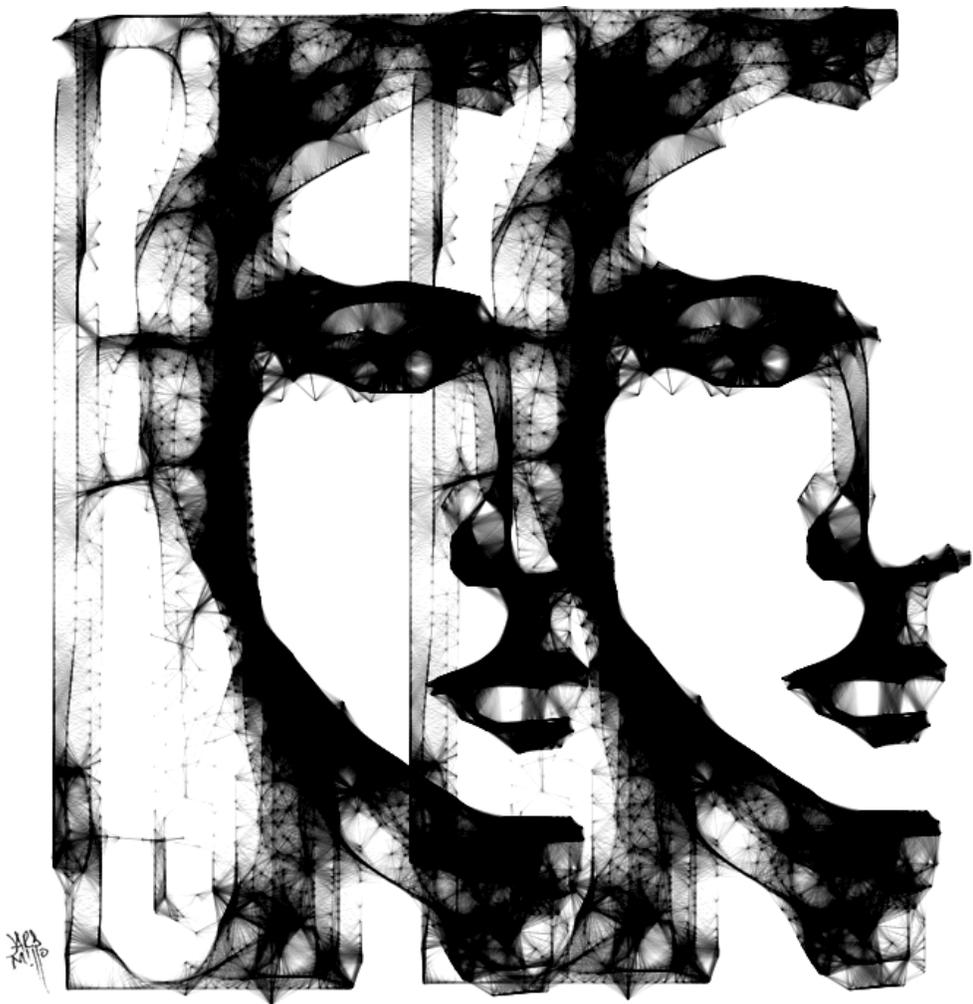
mismo, pero a mi parecer, a pesar de eso, este resulta, no solo fresco, sino también inspirador.

Terminamos la primera parte del libro con “La Otra”, un cuento dedicado a Borges en el que se puede reconocer a una fanática. Y no una fanática cualquiera, sino una con talento.

Comienza la segunda parte de esa división que sirve para darnos la impresión de más, con “Carabé”, un cuento lleno de magia. Corazón, muñeca, belleza, hermosura, todas somos una misma, porque al final todas las historias son una sola historia.

“El gringo” nos lleva de paseo a ese Panamá que todos conocemos, y que, a veces, parece tan interesante al que viene de afuera, mientras que “La pelea” nos deja con ese sabor Caribeño, casi como si recién hubiéramos escuchado a Celia Cruz cantando para nosotros.

“La boda”, nos ofrece cinco puntos de vista sobre la misma



historia. Es lo normal, todo el mundo ve las cosas a su manera. Pero el punto de vista de la autora es lo más interesante de este cuento. Y aunque este parece ser uno de esos cuentos diseñados para una risa rápida, es, en el fondo, muchísimo más. Si tuvieran que leer uno solo (y porque tendrían que hacerlo, no quiero ni imaginarme), debería ser este.

“Las palabras” nos devuelve exactamente eso, de una manera inusual. Y “Conocidos” nos las roba, porque entendemos perfectamente a su protagonista.

Sabemos cómo se siente.

Hay muchísimas observaciones en este libro, sobre el día a día, las personas, los sentimientos. Ninguno de ellos se siente como una repetición, quizás por la ingeniosa manera que tiene la autora de mezclarlas con una historia, o utilizar situaciones fuera de lo común para hacérselas entender. Está quizás aquí la magia de este libro, en hacernos ver lo común de maneras inesperadas.

“Viva” es prueba de esto. La historia se va desarrollando en un tono completamente inespere-

rado, que sin embargo, dice mucho de todos nosotros. “El ascensor” y “Viernes Santo” son también maravillosos ejemplos de un punto de vista que entendemos, con el cual nos podemos identificar, pero que nunca, nunca, habríamos expresado como la autora. Eso es lo que divierte.

La tercera parte del libro parece querer desviarse de la norma, o al menos, poner un poquito más de sentimiento. Los cinco cuentos se concentran en un ámbito religioso, de una manera fresca y desinhibida. Isabel Burgos no alecciona, solo cuenta historias, de esa manera tan particular que tiene, y deja que nosotros decidamos.

“La confesión” me deja un buen sabor de boca. ¡Siempre quise saber lo que pasaba! “La padra” tiene un poquito de aquellos recuerdos de niña, mientras que “Los santos” y “La procesión” tienen una frescura casi infantil.

Termina el libro en buena nota con “Los niños” y quizás, gracias a este cuento, nos queda una sensación de ternura. De que sabemos más que cuando empezamos a leer, porque alguien logró contarnos cosas que ni nos imaginábamos. Y tenemos muchas ganas de volver a leer.